

SOBRE LA CRISTIANIZACIÓN DE LOS PAGANOS FESTEJOS DE MAYO. ESPECIAL CONSIDERACIÓN SOBRE LA FESTIVIDAD DE SAN ISIDRO LABRADOR, EN FORTUNA.

F. Saura Mira

Mayo para el espíritu popular de todas las culturas representa la reverberación o resurrección de la vida, que de alguna forma hay que consagrar, buscando la expresión de cada elemento social por muy arcaico que nos parezca, pero es una manera de brindar a los dioses los fervores ante los beneficios de la cosecha, porque nos referimos siempre al documento agrícola de los pueblos mas arraigados en la tierra.

Ello nos lleva a cierta estimación comparativa con los festejos que a partir del calendario cristiano, se vienen celebrando a lo largo de los meses de Mayo y Junio, como restitución de los viejos momentos ludicos; de aquellos fastos cantados por Ovidio, recogidos a su vez de otras expresiones culturales y que con el cristianismo se van a humanizar, dándole otro tratamiento, otra forma de participación de la plebe en sus santos patronos que tienen una constancia ejemplar a raíz de los siglos IV y siguientes, cuando el periodo romano decadente siembra la discordia y destruye las nuevas convicciones de los cristianos, en época de Domiciano, Nerón, Caligula, etc. Algo que va a poner las bases de un nuevo contenido, sustituyendo, por la acción de los mártires cristianos el fervor hacia la nueva doctrina que

habla del amor y de las Bienaventuranzas, quedando ya como algo inapelable que en las Partidas de Alfonso X, se esgrime como reconocimiento para atender a las fiestas relacionadas con la iglesia, en especial la de Cristo Rey, o del Corpus, cuya magnífica ubicación se pergeña en el jueves robusto de Junio, con la alabanza de la Custodia y su boato correspondiente, donde la "tarasca" condiciona la esencia de la destrucción del mal frente al Bien; o con los espacios de la Navidad y de la Pasión de Jesús, muy relacionados con el ciclo agrícola del renacimiento del Sol y de la muerte del dios en la primavera, como modo de conservar la bonanza agrícola, pero tomando la nueva dimensión en la perspectiva del consuelo y de la nueva fe, que va a ser capaz de mover montañas. Pues es lo cierto que Mayo, en que el hombre se nutre de la savia arborea, utilizando el árbol para protagonizar su vida rural, va a imprimir carácter y formular toda una filosofía antropológica tratándose del espíritu arbóreo o vegetal, que se encumbra con la tesis de la recolección y del cereal, en la presencia de la diosa Ceres y de los dioses que mueren y resucitan, acompasando estas creencias con rituales muy característicos que, por desgracia, han ido desapareciendo,

pero que podemos investigar por la bibliografía en torno a sus liturgias, en zonas de Europa muy relacionadas con la recogida del trigo y encuadrada en la versión mágica de la "última gavilla", de tanto arraigo, como tiempo en el que se encuentra el espíritu del grano cereal que es preciso conservar a toda costa.

Ya el primero de Mayo, en Grecia y en opinión de Ovidio, celebraban los gentiles la fiesta de los Lares Prestiles, que se relacionaba con una serie de ceremonias de auténtica paganía, con desenfados sensuales y orgías que hoy día podían sonrojar a los más pintados en este tipo de evasiones. Eran festejos consagrado a la diosa Primavera, por lo que se convocaba en las moradas a los dioses lares y se participaba en un bacanal completa, donde el manjar, la belleza de la flora, la comunicación carnal, formaban parte de todo ese talante, donde los dioses se recreaban ante todo este rumor de una parafernalia cálida, que los humanos eran capaces de celebrar en su honor, como un don de la misma existencia y hasta se consagraban víctimas expiatorias que fueron humanizándose, hasta recaer en ciertos animales, como el toro y buey, realizadas en la Acrópolis, con la presencia, en un altar, del cereal y el trigo, como signos de algo trascendental que formaba parte del sentir del griego, acompañándolo con la ceremonia, un tanto cruenta, que nos evoca una parcela de nuestras fiestas dedicadas al sacrificio del toro, en nuestras plazas...

Tal era aquella fiesta de Mayo que espantaron a los primeros cristianos que convivían con los gentiles, teniendo que irse de su contorno para hallar la paz que ellas buscaban, y es un dato importante observar a través de los martirologíos, la inquietud en que aquellos se mantenían, al tener que compartir estas expresiones, que los mismos consideraba infernales. Pues sin duda que los célebres santos Indalecio, Torcuato y demás, fueron víctimas de estas singularidades paganas contra las que luchaban denodadamente, en época de Domiciano. La vida de estos santos que marcan en este tiempo la ejemplaridad y son los patronos de nuestras ciudades y villas; nos advierten de todo esta razón eclesial por singularizar sus rostros y exterminar de esta manera los viejos argumentos del gentil, como más tarde irán en otra dirección ante la presencia de herejías y de pensamientos heterodoxos, contra los que la iglesia lucha a partir del Concilio de Nicea, en el año 301...

Tales espíritus selectos, secundadores de la obra de San Pablo y de San Pedro, los célebres Indalecio y Torcuato, entre otros, son ejemplo de; cómo el nuevo pensamiento cristiano se ve sorprendido ante las orgías y las fiestas realizadas en honor de Juno o de Jupiter, que representan todo el mal que ellos mismos combaten. Pero en todo caso se da una versión nueva del tratamiento de la fiesta, dejando la raíz pero buscando un diorama distinto. Es curioso como hasta los mismos

gentiles se encuentran en disposición de ordenar sus mentes para encumbrar la otra fragancia del sentimiento divino, como es el caso de Luparia, la célebre mujer de Guadix, que hospeda en su casa, muy a pesar de sus familiares, a los célebres santos que al fin serán víctimas de Domiciano, siendo martirizado Torcuato a “cuchilladas”, al igual que Indalecio, con el destrozo de sus cuerpos y la utilización de sus reliquias por los fervorosos seguidores de sus ideas.

Es que en éste momento del martirio, es el cristiano la víctima expiatoria, como lo fue Dasio en los tiempos de las Saturnalias, por no querer reconocer a sus dioses paganos; lo que provoca una reflexión muy a la par con lo que llevamos manifestando, teniendo fundamento también el sentido de la reliquia del mártir, como se da en las expresiones de los libros sagrados de oriente, relacionadas con Osiris etc, y por supuesto no podemos evitar la ocasión, desde el martirio, del milagro

que se supedita a la tremenda dimensión del efecto trágico, que postula una revitalización compensatoria, como en el supuesto del martirio de San Torcuato, en cuyo sitio, posteriormente vislumbrará la gente sencilla o como a modo de lumbre sagrada, que por el nombre de “fuego de San Torcuato” se la conoce y aún se mantiene una tradición en el lugar. de origen, desde Guadix, ciudad misteriosa, como escenario para aquelarres y fecundas apariciones.

La presencia de las calendas de Mayo está cuajada de todo este vario mundo de elementos relacionados con el martirio de santos, desde cuya hagiografía se comprende la relación con los festejos gentilicios, lo que fundamenta nuestros argumentos, por la mayoría de los santos que cumplen su misión fecunda en este mes, relacionados en el Catálogo de los Santos que en el año 1669 realiza el Papa Alejaldro VI, y que después serán más o menos desorganizados, lo que es usual por otro lado. Pues San Felipe Neri o San Eleuterio, son martirizados en época de Cómodo, en el siglo II de C., al igual Cancio, Cancioano y Cancionila, en tiempos de Diocleciano, y lo mismo podemos afirmar de Isquirión, Felino, Graciano, Próculo o San Segundo. No nos olvidemos del Santo de los labradores, San Isidro, que compendia todo lo que afirmamos, como patrón de los campos, de su abundancia y del cereal, remedando los conceptos paganos de la diosa Ceres y de los dioses Adonis, Demeter y Perséfone, con todo su atuendo de lustre cristianizado, nuevo armador de los fervores de los campesinos europeos y españoles, muy afincado en la capital de España, siendo labrador a las órdenes de un patricio madrileño Iban de Vargas, que lo enrola entre sus campesinos y con su trabajo fervoroso le compensa de todos los estragos, en un tiempo de avanzadilla arábica. San Isidro Labrador, junto con Santa María de la Cabeza, conforman una dualidad de ejemplos donde la masa del

campesino deposita cada vez con más arraigo, su atractivo encuentro centrado en peregrinaciones a su santuario y procesiones del mismo, en la mayoría de pueblos, al que le dedican su patronazgo, porque es el santo patrón del campo, y se le lleva en procesión para que imparta su bonanza en aquellas. Por eso San Isidro, cuya festividad se celebra el 15 de Mayo, viene a sustituir a los otros dioses paganos, entronizándose desde su mágica densidad cristiana, y por esto se le invoca y ha integrado una cultura en los fervorosos corazones que lo señalan como su máximo director de los trabajos empleados en la tierra. Su misma vida, muy atractiva y abundante en milagros de la cosecha, se tiene en cuenta para su veneración, al igual que a los otros santos populares como San Antonio Abad, o San Juan Bautista, como a San Blas y a las vírgenes, relacionadas siempre con una acción benefactora.

Es San Isidro el representante cristianizado de los viejos dioses paganos que velaban por la reviviscencia del cereal, y que imprime un nuevo significado al quehacer de los campesinos. Pero es preciso reconocer que este fervor hacia los dioses del cereal o de las cosechas, que la humanidad ha tenido desde los venerables documentos antiguos; informa toda esta catadura, pues no podemos olvidar lo que señalan los libros sagrados, de las viejas religiones, como la de Zaratustra, al indicar en uno de sus párrafos: "Cuando la cebada sale, los Daevas se levantan;

cuando el grano crece con lozanía, los Daevas suspiran; cuando el trigo ha llegado a sazón, los Daevas quedan destruidos. En aquella casa no pueden permanecer ya, de aquella casa cuyos trojes se llenan casi de trigo son lanzados; como si se aplicase a sus gargantas el huerto hecho ascuas, tanto sufren los Daevas cuando hay abundancia de granos". Se postula el origen de los dioses benefactores y maléficos en el tema de las cosechas, configurando a la siembra de granos como más importante que incluso los actos de adoración.



Típica Cruz de Mayo, en el interior del Museo de la Huerta (Alcantarilla)

La abundancia de la cosecha, la permanencia del espíritu del cereal en la mies, en los campos de trigo: esos

ESPECIAL CONSIDERACIÓN SOBRE LA FESTIVIDAD DE SAN ISIDRO LABRADOR, EN FORTUNA.

rubios parajes donde rezuma la gama de esta gramínea, posibilita la razón de esa necesidad de ritualizar determinados actos, en razón de un sentido de trascendencia que preside el alma humana, cuando se asoma esta prestancia de la primavera y del verano, en que los humanos pergeñan una serie de festejos en honor de los dioses resucitados, que adoran en los brotes de la vegetación y que desde la cristianización asume la potencia, a través de la imagen de San Isidro. Y es que en estos lares donde la voz del mediterráneo asume su garra esencial, el labrador se dispone a consagrar sus beneficios de la cosecha al santo de su fervor, a la Cruz de Mayo como primer exponente de esa presencia del espíritu vegetal que es a su vez conjuro y prelude de abundancia. Por eso el mismo escultor Nicolás de Bussi pudo esencializar su esquema con su célebre Diablosa, donde los signos de la Cruz aportan la razón del espíritu labriego, como emblema sustancial. Es esta la llamada Cruz de los Labradores, de gran enjundia y popularidad en el arte levantino.

Ya de por sí, San Isidro fecunda las Cofradías en aras de una piedad que se hace vigorosa en el siglo XVIII y se alimenta constantemente de su reducto religioso, como preclaro santo al que se le pronuncian oraciones, se le saca en procesión desde sus ermitas. Al que, incluso si no se hace merecedor de dichas plegarias, se le arrumba a un rincón, como era usual en determinadas ciudades italianas, en especial Sicilia,

con respecto a sus santos patronos, pues siempre el santo ha estado a las maduras y a las duras, de parte de sus seguidores, sobre todo cuando se impetra la lluvia.

Por lo que respecta a nuestro entorno regional es muy significativo el festejo en honor de San Isidro, que no sólo se circunscribe a la capital de España, en la hechura de un Goya o un Lope, sino a otros lugares en que la gente labriega acude a la llamada del santo para conjurar el maleficio y abundar en la bonanza de la recolección. Por eso viene a ser un antecedente de los viejos dioses paganos que revestían los antiguos de un gran boato junto con la llamadas "cenas de la recolección",



que entre nosotros queda como una simple merienda, al estilo de la zona del Mar Menor o de los pueblos del Altiplano, pero en el municipio de Fortuna mantiene su rango y costumbrismo, su tipismo entre la variada gama de sus fiestas populares que conforman esa manera de ser del mismo. En efecto, como se ha dicho(1) los festejos en honor de San Isidro en Fortuna, se celebran como una "variante del Bando de la Huerta", cosa que nos parece importante y señala otra variante de los aspectos festeros importados de la capital, debido a su gran impacto, lo que es natural, pues nosotros mantenemos el sesgo híbrido de los festejos fortuneros donde la garra alicantina o cartagenera abunda en su amplia variedad. Pero por ser sus vecinos gente dedicada al campo, dan prevalencia de sus fervores hacia este santo al que veneran desde tiempo immemorial, aunque su Patrón sea San Roque, al que le dedican especial atención en Agosto, y le añaden votos a perpetuidad.

Dato de singular interés es la recuperación, en esta villa, de la típica figura primaveral, del "Tío de la Charamita", o de la Pita, como es clásico en otras regiones, cual Caravaca(2), Cehegin, Totana, Bullas, etc. pero en Fortuna contiene un timbre especial, es una especie de personaje que acudía antaño a la cita, para propagar la presencia de la primavera al son de su instrumento, que en la villa adquiere una resonancia peculiar,

algo que los más viejos del lugar recuerdan como estampa típica y acogedora. Venía a ser el heraldo de las fiestas más peculiares. En este caso el tío de la charamita, era Juan Pérez, original de Cieza, quien falleció hace unos años y estaba versado en esta clase de arte, típica función de despertar, en el alba a los vecinos, con su suave sintonía, alegre, como suelen indicar y que ya tiene que ser un trabajo realizado por distinta persona.

Se aunan pues, en este festejo fortunero un haz de aspectos que van unidos a los viejos aparejos de los sentimientos humanos, desde el espacio del campesinado, donde no falta el ruido y la categoría dioramática de los desfiles de carrozas, que antes eran portadas por bueyes, cosa de más envergadura y pintoresquismo y que ahora lo hacen guiadas por remolques, menos enjundioso, pero llamativo en todo caso, con las mozas portando flores, y repartiendo frutas de la época y otros objetos, evocando a aquellas bellezas de Roma o Grecia, las celebres "aguadoras" que en trajes sujerentes y voluptuosos, acudían a las ceremonias en honor de los dioses del cereal, bien en honor de Ceres o simplemente acompañaban a los rituales de los festejos de la Acrópolis de Atenas. Pero siempre, el elemento femenino ha permanecido perenne y glorioso en este tipo de ceremonias. La carroza y el perfume de la mujer, el color y la luz levantina, el entorno de goce exquisito y de danza; todo ello armoniza

plenamente para entonar la gracia y la mezcla de lo pagano y de lo cristiano, en este festejo, en galas de San Isidro, que se le porta en procesión por los campos y se reverencia para que exista una conjunción entre los campesinos y el amparo del santo, a sus tierras, resacas aquí. En estas tierras, "brasero del sol", como canta nuestro Polo de Medina. Unas tierras rotas que aguantan desde hace siglos los embates de su clima. Espacios embastados con las manos de sus recios labradores, viejos moriscos que tuvieron que soportar, a su vez, a los señores y dueños de sus habitáculos abonando unos derechos que siguieron hasta fecha reciente. Es la tierra de los ancestros y del misterio acusado de tiempos recónditos, donde sus venerables pobladores asistieron a rituales en favor de sus cosechas, impetrandolos mediante plegarias, en evitación de epidemias o plagas que, como la de la langosta, asoló sus campos en aquel trágico suceso de 1757, al que volveremos. Pero ahora, en esta mes de resurrección y flora excelsa, los fortuneros se echan a la calle para mostrar sus fervor a San Isidro Labrador, esencializando su diestra repercusión festera en la dualidad de funciones cívicas y religiosas, plasmando como en épocas antiguas, su versión de fe en la permanencia de algo que ha sabido conjugar su habitante desde época arcaica, aglutinado su matiz de paganía con el encaje de su cristianización en la figura selecta de San Isidro Labrador, cuya fiesta se celebra el 15 de Mayo. Un Santo con

dedicación a la agricultura, con una intensa vida relacionada con Nuestra Señora de la Cabeza y basada en múltiples milagros que nos narran sus hagiógrafos, como Juan Diácono, Basilio Sanctoro, Alonso Villegas, Fray Juan Ortíz, Lucio, P. Fray Jaime Bleda, entre otros, Canonizado por Gregorio XV en el año 1622, 12 de Marzo, desde cuya época son intensas las Cofradías en honor a este santo tan querido por los campesinos y al que la incomografía lo representa con un manojo de mies en sus manos. Santo que en Fortuna es venerado y sacado en procesión para manifestar el amor y fervor de una población pegada a la tierra, que ha sabido sufrir y recuperarse de los embates de la climatología y de los efectos epidémicos a lo largo de los siglos. La vieja Fortuna de Santa María de los Baños, que cuenta en su haber con el patronazgo de San Roque que celebra en las calendas de Agosto y de La Purísima Concepción. Sacrosanta Fortuna de misteriosas secuencias que anidan en sus restos epigráficos de rotunda expresión. Concejo abultado por el fragor de sus hondura y de su historia, que guarda en su haber todos los fervores por sus patronos, como el que traemos a colación, a propósito de las calendas de Mayo...

(1)H,Marcus."Unos festejos con euforia de la primavera"/D. La Verdad. 15 de Mayo)

(2)El investigador Melgares Guerrero trata de este tema en la revista Cangilón Junio 1991.